

ni capaz de mortalidad. Conforme á esto, del ser espiritual se deriva el ser inmortal. Ser espiritual es ser simple, y lo simple carece de partes, y lo que carece de partes, no hay manera de corromperse y si no corrompiéndose el alma, sin embargo perciese, perecería toda entera; perecer toda entera no puede sino por vía de aniquilamiento; y si así acabara, sería porque Dios, por su soberana voluntad, pondría en ella las manos, lo cual no impide que sea inmortal de su propia condición. En esto es muy de notar cómo difieren el alma del hombre y el alma del bruto. Porque la del bruto, por simple que la supongamos, depende de todo en todo de la suerte del organismo y corre su misma fortuna; mas el alma humana, por ser espiritual, no pende en su ser de la materia organizada, aunque de ella depende en el ejercicio de sus facultades sensitivas¹: de manera que, siendo tan grande la diferencia que va de la una á la otra, el alma humana subsistirá, muerto el hombre y hecha la separación de las dos substancias que le componen.

Solamente Dios, en calidad de supremo Hacedor, debería emplear los rayos de su inconstruible poder para quitarla de en medio. No lo hará: no porque le falte mano para reducirla á la nada, sino porque lo repugnan su sabiduría y bondad. Porque, por una parte, teniendo nuestra alma aspiración á una vida sin término, y viviendo inquieta hasta dar vado á la amplitud de su deseo; como, por otra parte, el espíritu sea primor y gala del universo y el ser más aventajado en hermosura y perfección, y el que más ennoblece é ilustra todos los seres visibles; así que si nuestra alma suspira por una felicidad eterna, de suerte que sería deleitarse Dios en atormentarla y an-

dar con ella traidor el día que le hiciese imposible su dicha, secándole raíz y ramas y de un golpe desterrando del mundo lo más precioso y perfecto; ¿quién, veamos, recibiría mengua y vendría á menos sino la sabiduría y bondad del augusto Criador?

Cuanto más que el alma humana es de tan fino metal, que menos sujeta va al cuerpo en los actos más nobles y perfectos; y ¿cómo puede ser mortal una substancia que, unida al cuerpo, tiene como embotados los filos de sus nobilísimas potencias, ni las desenvuelve con aquella gallardía que su condición y naturaleza pide? Perezcan enhorabuena las almas de los brutos, cesen las otras formas substanciales que á la materia están vinculadas y fuera de la materia no pueden subsistir; que el alma humana, aunque actúe la materia y cause en ella los mismos efectos que las formas inferiores, no depende de la materia en la existencia, ni le comunica al cuerpo todas las operaciones de que es autora y ejecutora². Quitarle la vida, ¿no sería negarle el fin de sus facultades? Pero los materialistas como Büchner sólo suspiran por la materia, con la materia se regalan, en la materia todo lo ponen y fundan. «No podemos admitir, dice, que el alma de un hombre muerto prosiga viviendo: es muerta del todo.... Lo mejor y más ventajoso que puede el hombre dejar en muriendo, es mayor cantidad de fosfato de cal, sales raras y fecundas deputadas á formar una riquísima aglomeración de moléculas: así crece el bienestar del humano linaje.» Con esta avilantez publicó el positivista Büchner la cordedad de su ingenio en una obra, *Fuerza y materia*, elogiada por la prensa libre como el tratado *más filosófico* que en este siglo ha visto la luz³. ¿Es maravilla que á hombres de tan indig-

¹ LIBERATORE: *Il composto umano*, cap. ix, art. v.

² *Revue scientifique*, 1884, 8 Noviembre.

nos sentimientos la idea de la eternidad les haga temblar las carnes y les cause calofríos, como de sí confiesa Strauss?

Otra razón dictanos la Ética en certificación de esta verdad. El hombre es libre para el bien y para el mal; la conciencia atestigüa á cada uno no ser cosa indiferente abrazarse con el vicio ó con la virtud: lo uno es digno de loa, lo otro de vituperio; y consiguiétemente, al bien obrar síguese justamente, al mal obrar justo castigo, de mano del Supremo Legislador, que quiso guardasen todos los seres orden y obediencia, cada cual en su grado. ¿Qué sería, pues, del mérito si de esta vida se esperase la recompensa? ¿Quién paga acá bajo la condigna pena de sus delitos? Otra vida hay, en que Dios premiará al bueno y hará venganza en el malo según su merecido; de lo contrario, el hombre y la sociedad se satisfarían de los agravios con mas equidad que Dios. Además, el hombre fuera el más desgraciado de los seres; porque las bestias siquiera huelgan acá en su manera, recibiendo de la naturaleza cúmulo de bienes ajustados al talle de su condición, y en habiendo disfrutado la mayor felicidad de que son capaces, cierran los ojos á todo lo visible y acaban en cuerpo y alma, sin esperanza de remedio; pero el hombre que vive en el colmo de la miseria, siempre inquieto el corazón y anhelando por una vida sin término, y se le erizan los cabellos, y sus labios rehilan, y es puesto en grande agonía de sólo pensar que su vida ha de fenecer tan presto; si acaba sus amargos días sin gloria y sin felicidad, si no le queda más descanso ni otra paz ni bienandanza que la que en este mundo disfrutó, menester será confesar que tiene un fin más desastroso é infinitamente peor que los vi-

les animales. Luego el vivísimo deseo que tiene de eternizar sus aficiones no le saldrá en vano; porque es deseo natural infundido por el Criador, y sería contra el apetito del alma el envejecerse y agotarse la flor de su dicha; y así, no pudiendo el alma descaecer por razón del cuerpo, y no teniendo fuera del cuerpo contrario que la sustituya, ni habiendo más razón que dure un año, que dos, que mil, que eternamente, si sobrevive al cuerpo, por siglos sin fin ha de durar sin zozobra en la perpetuidad de su ser.

¿Qué deberémos, pues, responder á los escritores modernos que han inventado y defendido la *inmortalidad facultativa*, enseñando que gozarán de vida inmortal los que con buenas obras se la aseguren, mas que los malos y cargados de vicios, que pusieron en vida cartel osado y animoso contra Dios, en un soplo serán deshechos y consumidos sin que les quede rastro de vida, pues no la quisieron ganar? ¿Qué pensar de esta inaudita doctrina, propalada por Carlos Lambert? ¿Qué? Que la inmortalidad no es libre, sino necesaria; no *facultativa*, sino esencial y arraigada en el fondo del alma. Ninguna jurisdicción tiene la humana voluntad en la esencia de las cosas. Si el alma es de su esencia inmortal é impercedera, nada importa que el hombre quiera ó deje de querer la inmortalidad. Dichosa ó desgraciada, perpetua es la vida que le espera, por más que tire coces contra la verdad.

No debemos creer sea estado violento el de la separación; ningún título tiene el alma á la unión perpetua con el cuerpo, por cuanto no es éste complemento intrínseco y necesario de su vida racional. Y aunque, según Suárez⁴, es más natural al alma el estado de unión, porque le da lugar á consti-

³ *L'ancienue et la nouvelle foi; Confession*, chap. xli.

⁴ *De Anima*, l. vi, cap. ix.

¹ Suárez: *De Anima*, l. i, cap. x.

tuir el hombre, y le procura el ejercicio de todas las potencias, y por eso estando separada apetece, dice santo Tomás¹, las ataduras del cuerpo en alguna manera; todavía estando libre de su pesadez, ni es otro su ser, ni dificultosa su operación, ni padece linaje de violencia²; antes tiene más larga esfera en que emplee su vigor, hace los actos intelectivos con más perfección y pureza, granjea conocimientos más ajustados de las cosas espirituales, acrisola sus nociones de cosas corpóreas, acrecienta el caudal de ciencia adquirida y goza más serenamente, libre de pihuelas, los vuelos de su ingénita facultad.

Cuán durable sea é incompatible con la muerte el alma del hombre, lo tenían por cierto todos cuantos pueblos profesaron en la antigüedad la metempsicosis, ó sea transmigración de las almas. Porque creyendo que las almas todas habían sido criadas á una en el principio del mundo, hacíanlas traspasar por varios cuerpos, informándolos hasta que muriesen y luego peregrinaban á otros, sin parar un punto en el soldar la unión y practicar la amistad, y aun á trueque de no consentir que fuesen mortales, obligábanlas á pasar por las penas de humillantes y durísimas prisiones. De esta opinión hizo primer inventor á Pitágoras Diógenes Laercio³; pero más acertado sentir es que Pitágoras fué el primero que la introdujo ó la propagó en Grecia: porque Heródoto⁴, anterior á Diógenes, dejó escrito que los egipcios fueron los primeros defensores de la inmortalidad y de la peregrinación de las almas. ¿Y por qué no diremos con más razón, que los pueblos orientales, antes de los egipcios, habían tratado la metempsicosis como

¹ 1.º p., q. lxxvi., 2.º 1.

² LOSADA: *De Anima*, cap. vii.

³ *De Vita Philo.*, l. viii, seg. 13.

⁴ L. II, R. 123.

dogma religioso, y que de allá le trajeron los egipcios á vueltas de sus campañas militares? Porque no los persas tan solamente, mas los indios, japoneses, chinos, y aun los mejicanos, abrazaron esta patraña como verdad incontrastable, y aun en el día de hoy hacen gran cuenta de ella las naciones del Oriente.

¿De dónde pudo proceder un error tan constante y universal sino de una verdad antiquísima, corrompida y maltratada por la ignorancia y superchería? Á la primitiva revelación debemos subir, si queremos dar con el rastro de este increíble desatino. La historia del Edén sugirió á los pueblos la noticia de las almas criadas inmortales en el principio del mundo, y la superstición, junto con la ignorancia, les bastó para designar á cada una alberque acomodado donde morasen en desamparando la residencia que de presente tenían. Erraron en creer que las almas humanas tornaban á comunicar lozana vida á otros cuerpos, aun de animales; cual si les importase menos que fuesen inmortales las bestias, que no que dejasen de serlo las almas de los hombres. Erraron en señalar peregrinaciones por castigos á las almas facinerosas; mas no erraron en juzgar que, aun muerto el hombre, esperábalas á ellas premio debido, según la calidad de la vida⁵.

No es posible, sin cegarse del todo, dejar de ver cuán eficaz sea el testimonio de los antiguos, para corroborar el dogma de la inmortalidad del alma. Cicerón declaró abiertamente, diciendo: «La opinión de todas las gentes sobre cualquiera cosa debe estimarse ley de naturaleza. ¿Quién llora la muerte de los suyos, si no juzga que ella les arrebató los bienes corporales de acá? Quitado ese juicio, faltaría el duelo

⁵ CLAVJERO: *Hist. ant. de Méjico*, t. 1, lib. vi.

⁶ CREUZER: *Symbolik*, 1, 284.—LUKEN: *Les Tradit. de l'Human.*, t. II, p. 238.

que hacemos en el fallecimiento de nuestros amigos y parientes. Mas *naturaleza* nos da de callada insigne prueba de la inmortalidad de nuestros espíritus... Sin grande esperanza de la inmortalidad, ¿quién habría que se entregase á la muerte en obsequio de la patria? Pudo tener Temístocles vida ociosa, pudo tenerla Epaminondas, y, por no cansarme acumulando ejemplos, pude yo también tenerla; mas no sé cómo en el ingenio humano se despierta un natural presentimiento de la eternidad, y este innato agüero existe principalmente en los hombres de grande ingenio. Si faltase este natural indicio de los siglos futuros, ¿quién sería tan loco que anhelase vivir siempre entre azares y peligros? Los poetas, los artífices, los filósofos, no menos que los héroes de la patria, suspiran por eternizar la gloria de su nombre después de su muerte. Si el común consentimiento de los hombres es voz de la naturaleza, y todos los hombres de todos los países convienen en que prosigue y continúa viviendo alguna cosa que á los muertos pertenecía, debemos juzgar ser conforme á la verdad la inmortalidad de las almas. Hasta aquí el orador romano. Cómo pudo en el mismo libro 1 de la citada obra escribir: «Ferécides siro fué el primero que en los libros estampó ser sempiternas las almas de los hombres», lo entenderá quien considere que Cicerón, á fuer de académico, no se creía obligado á ser consecuente en sus doctrinas: sino digamos que Cicerón significó haber sido Ferécides el primero que enseñó por escrito el dogma de la inmortalidad profesado desde el principio del mundo.

Todo el género humano, pues, ha proclamado la eterna vida de los espíritus. Siendo así, tan uniforme y universal sentimiento, ó ha brotado de las mismas entrañas de la naturaleza amaestrada por la razón, ó es fruto de

la tradición primitiva. Mas, ¿cómo pudo arraigarse tan hondamente en los ánimos de hombres diferentes en ingenio, tiempo, lugar, nación, si solamente era dictado por el instinto racional, que aun en cosas más obvias suele desbarrar y torcer el camino de la verdad? Grandes motivos hay para creer que «el dogma de la inmortalidad del alma nació con el género humano, y que á éste, en el momento de aparecer en el mundo, fué comunicado por divina revelación; pues por este único medio pudo asentarse tan tenazmente en los hombres».

Por causa de esto es muy extraña la conjetura de los racionalistas que pregonan osadamente haber los hebreos ignorado del todo el dogma de la inmortalidad. Si estos adversarios hubieran leído las santas Escrituras con tanto estudio como leen los libros de Confucio y de Zoroastro, habrían sin duda caído en pasajes llenos de esta consoladora verdad. Dios dice al patriarca Abraham: yo seré tu galardón grande sobremanera¹; Jacob exclama deshecho en lágrimas, que iré en breve á juntarse con su hijo José²; Moisés prohíbe á los judíos que consulten á los difuntos³; David canta, que la muerte de los santos es preciosa en el acatamiento de Dios⁴; Saúl ruega á la Pitonisa que le muestre el rostro de Samuel⁵; el libro del Eclesiástico no respira sino afectos de inmortalidad; nada digamos del libro de Job, que enseña la resurrección de los cuerpos; ni del profeta Habacuc, que abunda en parecidos sentimientos⁶; y, finalmente, ¿qué son los Sapienciales y los Profetas sino predicadores de esta doctrina y amenazadores del juicio de Dios, que á la inmortalidad se endereza y

¹ P. LORENZO HERRVÁS: *Hist. de la vida del hombre*, l. vi, cap. x.

² Gen., xv, 1.—3 Gen., xxxvii, 35.—4 Deuter.,

xxviii.—5 Psalm., cxv, 15.—6 1 Reg., xxviii,

7 III, xv.

reducir? Cuando, pues, Moisés, al referir la formación del hombre, llamó al alma soplo de Dios y espiración de vida, bien sabía ser el alma, aunque hechura del Criador, imperecedera é inmortal y espíritu simplicísimo, que, salido de Dios, á Dios debía tornar. Ni es maravilla que todos los judíos, de muy antiguo, aun antes del cautiverio de Babilonia, profesasen esta verdad. Es muy obvio, y casi no necesita demostración, que Abraham se la transmitió á sus descendientes. Abraham la aprendió entre los asirios, sus abuelos, que la tenían por cierta y averiguada, como en estos últimos tiempos lo ha demostrado el docto M. J. Halévy copiosamente y eruditamente.¹

ARTÍCULO V.

Unión del alma con el cuerpo.—Qué es el yo humano.
—El alma es forma substancial del cuerpo.—Definición de la Iglesia católica.—Las doctrinas materialistas descubren la necesidad de remedio.

SUPUESTAS las dos propiedades sobredichas del alma, espiritualidad é inmortalidad, resta que consideremos el enlace y comunicación que con el cuerpo mantiene. Günther en nuestros días ha renovado el error de los antiguos herejes que partieron en tres porciones el hombre: cuerpo, alma sensitiva y alma racional. Cuán fuera de camino vaya esta división, dícelo el testimonio de la conciencia. En primer lugar, el sentido íntimo avisa á cada cual que el que siente es el mismo con el que piensa, que quien oye no es sino quien quiere oír, que el que ve es uno con el que discurre sobre lo visto; y así de los demás actos del hombre, que no tendrían en su favor tan claro testimonio si de dos principios procediesen. Porque siendo los pensamientos actos immanentes, y las sensaciones ni más ni menos, se añan-

¹ *Revue archéol.*, 1 Juillet 1882.

zarían en sus particulares principios, si éstos fueran dos, y ni poco ni mucho comunicarían entre sí, ni habría remedio que concurriesen en uno para hacer brotar la unidad de conciencia que todos naturalmente experimentamos; luego el principio del sentir es el propio del entender. Lo segundo, el hombre, para ser naturaleza completa y persona cabal requiere un solo principio que le constituya y unifique; si no, ¿cómo lo animal se abrazaría con lo espiritual, y se harían una cosa, y participarían de una misma vida? Finalmente: ¿de dónde nace la guerra que dentro de nosotros sentimos, sino de las fuerzas contrarias que pelean en una misma persona, y la afligen y perturban? Si la parte sensitiva combatiese por su cuenta, y por la suya la intelectual, se sentiría el hombre ocupado de encontrados afectos, ardería el furor bélico entre dos enemigos irreconciliables, materia y espíritu, y se vería que son dos; pero no apellidarían los dos unidamente sus armas, ni lidiarían en una arena, ni levantarían en un corazón discordias, ni harían presa los dos en un mismo sujeto. Así que con maravillosa razón dijo santo Tomás: «El alma es el primer principio de aquellas cosas que tienen alguna vida en nosotros.»

Sea, pues, el alma principio que da vida al cuerpo y le hace vivir, llevando en adelante la vida vegetativa, y también la sensitiva, y, lo que más es, la intelectual con todo linaje de actos nobilísimos y excelentes, por los cuales merece con justo título el renombre de *alma racional*. Es el alma humana una substancia enriquecida de altísimas virtudes. Ella es poderosa para alentar en el cuerpo vida vegetativa, como el alma de las plantas; ella contiene y comunica vigor para los efectos de la vida sensitiva, como

² 1 p., q. LXXV, a. 1.

la de los brutos; ella, en fin, hace ostentación de su poderío engendrando conceptos y produciendo voliciones por noble y encumbrada manera. Para asistir á todas las funciones de la vida vegetativa y para señorear y prever las alteraciones corpóreas de la vida sensitiva, debe llenar con su presencia todas y cada una de las partes del cuerpo, tanto aquellas que atañen al sistema nervioso y muscular, como las que se nutren y caminan á la asimilación perfecta. Y siendo simple y no partida, toda ella debe morar allí donde concurren los rayos de su virtud, dispensándolos con más eficacia al órgano mejor acondicionado. No es nuevo este modo de ser de los espíritus; pues no repugna que doblen y multipliquen su presencia en varios lugares, privilegio que no gozan los cuerpos si no es por particular milagro.

¿Pero qué manera de unión tiene el alma con el cuerpo? Porque unión accesorio que consista en la sobrehaz, como la del jinete con su cabalgadura, ó como el motor con la máquina, ó la rueda de un reloj con el horario, muchos filósofos se la concedieron; mas cuán impropia sea esa comunicación para dar causa cabal de los efectos que en el hombre pasan, es fácil cosa demostrarlo. Porque al enlazarse el alma con el cuerpo, se hacen uno dos, y se asen y prenden con unidad tan perfecta, que constituyan nuevo ser, una naturaleza que antes no era, substancial y completa, rica de propiedades no vistas en el alma ni en el cuerpo antes de juntarse; porque ahora de ser uno dos entre sí, resulta un todo natural que á un tiempo vegeta, siente, entiende, y conoce que vive, siente y desea. ¿Qué más, pues, se requiere para que esta perfectísima unión sea substancial, si termina y remata en una substancia nueva compuesta de dos? No así la junta de caballo y caba-

llero, que no produce un ser natural; ni bastaría aquel influjo físico que alma y cuerpo recíprocamente se causasen; porque de influir dos mutua virtud, nacería á lo más ser en uno dos entre sí, mas no ser una y única cosa.

El yo, pues, según la verdadera filosofía, es un todo substancial, una substancia nueva, completa é individual, que ni es cuerpo ni es espíritu, sino ambas á dos cosas á la vez. El yo piensa, quiere, siente, crece, anda, respira, padece, llora, ríe; y al propio tiempo conoce que es autor de todos estos actos. El yo verifica en sí las operaciones esenciales de todos los seres criados, inanimados, organizados y espirituales. Por consiguiente, no es el yo un ser doblado, compuesto de dos substancias actualmente existentes, sino que de dos adunadas constituye una actualmente existente (*ex eis duobus fit una substantia actu existens*): luego no es un concierto harmónico entre las operaciones del alma y los movimientos del cuerpo, como Fenelon piensa²; no es la junta de dos cosas hecha por virtud de las leyes naturales, como opinó Malebranche³; no es un amontonamiento de mónadas gobernadas por una mónada de superior calidad, como á Leibniz se le antojó⁴; no es un todo natural en que el alma y el cuerpo sean partes y se favorezcan y ayuden, como pensaba Bossuet⁵; no es una confusión y amalgama de alma y cuerpo, como porfiaba Descartes; sino que es un ser uno y substancial que existe de por sí y simplemente (*per se et simpliciter*), sin ningún linaje de dualidad apartada é individual, sin substancia accidental, sin división ni contienda, con entera y perfecta consonancia y dependencia;

¹ D. Th.: *Contra Gentes*, l. II, cap. LXIX.

² *Lettre II sur la Méaphysique*, chap. II.

³ *Traité de Morale*, 1.^o partie, chap. X.

⁴ *Monadolog.*, § LVII.

⁵ *De la Connaissance de Dieu*, cha. III.

por manera que quien se alimenta, quien tiene frío, quien llora, quien oye, sea el mismo que conoce, juzga, medita, ama y se levanta á los más delicados conceptos de lo espiritual y divino; y por esta causa ni el alma ni el cuerpo son en sí substancias completas, ni gozan de individualidad particular antes de completarse, que por esto nace de su unión la substancia individua que se denomina *persona* humana.

Bien expresó esta verdad el Dr. Letamendi, diciendo: «La verdad es que ningún órgano tiene individualidad, y que, por tanto, no es el estómago quien digiere, ni el pulmón quien respira, ni el cerebro quien piensa. En el organismo no hay más *quién* que el individuo, del cual diremos, hablando con racional corrección, que piensa con el cerebro (*remotamente* quiso decir), y respira con el pulmón, y digiere con el estómago, y anda con los pies, y agarra con las manos, y ve con los ojos de la cara, sin que á nadie que tenga sano el juicio se le ocurra hablar de ello en otra forma, como no sea por libertad poética.... Sólo á la media-ciencia, que es la más insoportable de las ignorancias, pudo ocurrírsele la insensatez de que el cerebro piensa: ni el vulgo ni los formales pensadores lo han dicho jamás».

Tanta es la parte que tiene el alma en la institución de la humana persona, que ha merecido el renombre de *forma del cuerpo*: no precisamente porque determine el cuerpo á una conformidad procurándole organización y manera particular de ser, sino porque, con hacerle partitionero de su propia esencia, constituye con él una naturaleza completa, de que ella es la parte más viva y principal. Si atendemos á la vida vegetativa, que es la más baja en el hombre, la materia es de suyo

indiferente á pertenecer al reino orgánico y al inorgánico; del alma ha de recibir la virtud organizadora. En la vida sensitiva el cuerpo de su naturaleza es incapaz de sentir, y al par el alma es insuficiente para ello careciendo de instrumento acomodado, ambos se necesitan y asisten mutuamente; pero el alma es quien determina el cuerpo y le hace sensitivo, levantando su incapacidad á una perfección ajena de la materia. En la vida intelectual, aunque el alma no deba determinar el cuerpo á ejercicio de actos espirituales, todavía es *forma* del cuerpo, ora porque necesita de la fantasía para entender, ora porque da al viviente animal la dignidad de racional y discursivo. Por muchos títulos tiene el alma merecida la prerrogativa de *forma del cuerpo*, porque penetrando por él y lanzándose por sus apartados secretos, le hace vivir, sentir, cooperar á la intelección y participar la excelencia propia de seres espirituales. El alma, pues, es la que da al cuerpo el ser organizado, la que hace al hombre vegetativo, sensitivo y racional, la que actúa la materia habilitándola para operaciones de subidos quilates, la que, en fin, engendra tan perfecta unidad en el cuerpo del hombre, que, no sólo sea uno el que oye y entiende, sino uno mismo el que oye y el que libremente quiere entender que oye y siente.

Esta verdad fué definida por la Iglesia católica en repetidas ocasiones, enseñando que el alma es forma del cuerpo humano, por sí, esencialmente, dándole su propia esencia. En el Concilio ecuménico celebrado en Viena del Delfinado por los años de 1311 y 1312, el Papa Clemente V condenó, entre otros muchos, un error de los monjes Fratricelos, respecto de la naturaleza humana, por estas formales palabras: «Además, con la aprobación del santo Concilio, reprobamos como

errónea y contraria á la verdad de la fe católica toda doctrina ó proposición que afirme ó ponga en duda que la substancia del alma racional ó intelectual no es verdaderamente y por sí forma del cuerpo humano; definiendo, para que la verdad de la fe llegue á oídos de todos y se cierre la puerta á todos los errores, que cualquiera que en adelante presumiere afirmar, defender ó sostener pertinazmente que el alma racional ó intelectual no es forma del cuerpo humano por sí y esencialmente, sea tenido por hereje.» Dos siglos más adelante, en el Concilio de Letrán, en 1513, León X, en su Constitución, recuerda el decreto de Clemente V, diciendo: «Con la aprobación de este sagrado Concilio, condenamos y reprobamos á todos los que afirmaren ser mortal ó única en todos el alma intelectual y á los que lo pongan en duda: porque ella, no sólo es verdadera y esencialmente forma del cuerpo humano, como en el canon de Clemente Papa V, predecesor nuestro de feliz recordación, decretado en el Concilio de Viena, se contiene; pero también inmortal, y, según la muchedumbre de los cuerpos en que se infunde, singularmente multiplicable, multiplicada y digna de multiplicarse.»

Esta misma doctrina, como decíamos en otra parte, inculcó Pío IX en dos cartas pontificales, dada la una al cardenal arzobispo de Colonia en 1857 y la otra al obispo de Breslau en 1860. En la primera leemos la condenación de las doctrinas de Günther tocante á esta cuestión, declarando que: «Sus libros combaten y menoscaban el dogma y la doctrina católica acerca del hombre, que enseña ser el alma racional verdadera por sí, é inmediata forma del cuerpo.» En la segunda carta insiste en la declaración del mismo concepto, diciendo: «La doctrina que pone en el hombre un solo principio vital, es á saber, el alma racional, de la cual

el cuerpo recibe á la vez movimiento, vida y sentido, es muy común en la Iglesia de Dios, y, á juicio del común de los más autorizados Doctores, tan íntimamente enlazada con el dogma de la Iglesia que es la única y legítima interpretación, y que no puede ser negada sin error en la fe.»

De aquí podemos inferir cuán concertadamente se juntan en el hombre y reducen las vidas todas que en las criaturas contemplamos, sin que la una sea de estorbo á la ufanía de la otra. La vida de la planta, la del bruto, la del espíritu, la natural, la sobrenatural, todas se dan la mano y se subordinan entre sí con tan soberano vínculo por medio de la unidad substancial, que el ser humano viene á ser planta que siente, animal que razona, hombre con intintos de ángel, ángel que obra á lo divino; siendo lo más admirable, que estén tan hermanadas entre sí tantas vidas, con ser distintas y de orden diversísimo, que todas parezcan haber jurado confederación conspirando á un fin, sirviendo á un mismo dueño y rigiéndose por el mismo principio, que es el alma racional. El materialismo ha fantaseado ser el alma la espontánea florescencia de las vidas rastreras que en la materia pululan: ¿cómo una vida de tan baja ralea podía aspirar por sí misma á un orden superior y alcanzar fuerzas para señorear la materia, y siendo esclava usurpar el imperio del mundo? El alma espiritual unida al polvo de la tierra es capaz de representarnos una acabada imagen de la creación, cifra y suma de todo cuanto hay en el universo de grande, maravilloso, divino.

Tal es la vida racional, conforme los sanos principios de la filosofía nos lo demuestran. Ahora bien: ¿qué concepto hacen los materialistas de la parte más noble de su ser, la razón, que los diferencia de los brutos y les da sobre ellos inmensas ventajas? He

aquí algunos de sus dichos ordinarios: «Verdad, realidad y sensibilidad; todo es uno»: Feuerbach. «Enséñennos el alma, hagan que la veamos, gustemos, olfateemos, toquemos; ¿qué otra cosa queremos?»: Vogt. «El pensamiento no es más que una vibración cerebral; sin fósforo no hay idea»: Büchner. «Parécenos que todos los fenómenos psíquicos pueden reducirse al movimiento en el hombre y en los animales»: Beaunis.—En una palabra resumió Pío IX la doctrina de los materialistas. «No reconocen, dice, otras fuerzas que las que están puestas en la materia». ¿De dónde les viene la pestilencia de esta doctrina? ¿Dónde la bebieron? ¿En las cisternas rotas de los autores paganos? No por cierto. ¿En los pozos de las ciencias naturales? Mucho menos. ¿Acaso en el estudio profundo de altísimas verdades? Tampoco. ¿Pues de dónde dimana tan peregrino frenesí? La soberbia y la ignorancia juntas darán razón de un tan raro fenómeno. La soberbia: porque, envanecido el hombre con los conocimientos que de la materia ha granjeado, se cree con carta blanca para exentarse del estudio del espíritu. Estando asido el materialista al objeto favorito de sus especulaciones, que es la ruda materia, se mira con derecho para analizar y menospreciar desdeñoso los actos de su alma. La ignorancia: porque, no teniendo á mano otro nivel con que nivelarnos, acude á las leyes de la naturaleza inorgánica ú orgánica: resultando de la arrogancia del sabio y de la torpeza del ignorante unatal confusión de ideas, de principios y de cosas, que solamente la vida honrada, la pureza de costumbres, el dominio de las pasiones, pudieran sacarlos á salvamento de tales atolladeros; pero como lo ordinario sea en ellos responder á las palabras

¹ Syllab., prop. LVIII.

las obras, hácese forzoso que la vida del alma racional y las potencias espirituales embaracen y mortifiquen al hombre materialista, el cual, acosado por todas partes de verdades que se le entran por los ojos y le aturden los oídos, ciega y cierra con todos los rayos de luz, y acaba por declarar, anegado en las turbulentas olas de su misera vida, que el pensamiento es secreción cerebral, la libertad fatalismo, el espíritu materia, y el mundo universo revolcadero y sumidero de materiales elementos. ¿Cómo proceden en sus demostraciones? Dando fe ciega á sus sentidos, y negándola á todo lo que no pueden con los sentidos verificar. El mayor castigo que Dios puede hacer en los hombres es dejarlos en manos de su ceguedad.

Muchos y pujantes filósofos espiritualistas, Zeferino González, Álvarez, Cámara, Fernández, Mendive, Urráburu, Miguel Mir, Comellas, Fajarnés, Amer, Orti y Lara, Eleizalde, Polo y Peyrolón, han declarado en España sañuda guerra al materialismo en estos últimos años; ni han sido en Francia, Italia, Alemania, Bélgica, menos belicosos los defensores de santo Tomás, que, ora en revistas, ora en libros, han denunciado las insanas voces de los materialistas ante el tribunal de la sana filosofía. Las locuras del materialismo tienen á los hombres cansados y ahitos. ¡Que quieran que no, la verdad tendrá que prevalecer sobre los desvarios de la mentira! No puede ya el materialismo contrastar con la verdad. El espíritu sobrepuja ya, y tiene debajo de sí las heces de la materia. El error es llevado de vencida. Entre los naturalistas que en estos aciagos tiempos han levantado la voz, y emprendido en Francia el camino de la verdad, merece especial mención el Sr. D. Enrique Joly. En su libro titu-

¹ HETTINGER: *Apolog. du Christianisme*, t. 1, chap. VI.

lado *Filosofía comparada* trató de poner barrera firme á las corrientes del materialismo, enseñando la necesidad de juntar la filosofía y la ciencia experimental, para que ambas se sostengan y completen recíprocamente. No podía ser más acertada la intención, y cuán en lo vivo dió este filósofo, muéstralo bien la *Revue scientifique* en los baldones con que censuró su obra apenas hubo visto la luz. No es nuestro ánimo analizarla; mucho menos pretendemos subscribir á todas las teorías y conclusiones del autor; no es posible aprobar las explicaciones que da acerca de la sensación, de la imaginación, instinto, lenguaje y otras cuestiones metafísicas, cuya resolución pide más caudal de conocimientos escolásticos que los que muestra este escritor; mas, con todo, no podemos no celebrar la suerte de preponderancia que en su pluma toma la

¹ 1877, p. 929.

filosofía sobre la fisiología moderna, que es toda experimental y de sentidos. «La razón, exclama, es en el hombre un carácter específico, necesario, indivisible; ni puede haber sido efecto de las desviaciones graduales de un tipo inferior.» Camino le queda que andar al ilustre campeón de la filosofía para arrollar y desbaratar todos los enemigos que tiene en Francia la verdad metafísica. Consuélese con haber puesto el dedo en la llaga, y despertado con su denuedo la saña del materialismo. «En nombre del método y de la forma (clamaba la *Revista científica*), rechazamos briosamente toda suerte de doctrina que intente hacer del alma humana y de la humana psicología una especie de república minúscula de San Marino, en medio de la naturaleza y de la ciencia tan íntimamente hermanadas.» Solos estos gritos de desesperación bastan para demostrar la terrible dolencia y la necesidad de remedio.





CAPÍTULO XLVIII.

EL REINO ESPIRITUAL.

ARTÍCULO I.

Grados de seres.—Importancia del reino espiritual.—
La existencia de los ángeles consta por la revelación.
—Voces de las tradiciones paganas: los genios buenos y malos de la antigüedad.

San Agustín, exponiendo los grados y diferencias de las criaturas, dice: «En las cosas que son como quiera, y no son lo que Dios, por quien fueron criadas, se anteponen las vivientes á las no vivientes, como también las que tienen facultad de engendrar ó apeteer, á las que carecen de ese movimiento; y en las que viven, se anteponen las que sienten á las que no sienten, como á los árboles los animales: y en las que sienten, se anteponen las que entienden á las que no entienden, como los hombres á las bestias; y en las que entienden, se anteponen las inmortales á las mortales, como los ángeles á los hombres; pero se anteponen así por el orden de naturaleza». Concuera con el Doctor africano el Ángel de las Escuelas, cuyas palabras comentando el cardenal Toledo, dice así: «Si los grados de los seres consideramos, no hallamos más de cuatro, ni pueden ser más en número. El primero, de los que tienen ser y nada más, como los accidentes y substancias inanimadas; el segundo, de los que sobre ser tienen

vida, como las plantas; el tercero, de los que á la vida juntan el sentido, como los animales; el cuarto, de los que entienden, ora tengan vida y sentido como los hombres, ora sólo inteligencia como los ángeles. Que si atendemos á los modos particulares que caben en estos grados, no tienen cuenta, porque Dios puede producir criaturas sin término, y el crecimiento de número y perfección carece de límites. Á estas palabras del eminentísimo añade las suyas el P. Gregorio de Valencia, diciendo: «Si fuera de estos cuatro grados existiera otro quinto, y es sin duda que Dios podía crearle, sería el mundo más perfecto. Ese grado no existe: y así, en lo que Cayetano pensó, que hay en el mundo universo todos los grados posibles de cosas, pues hay estos cuatro, ó se engañó, ó no tuvo título en qué apoyarse para afirmarlo».

Estos testimonios claramente persuaden que á la perfección relativa del universo convenia el grado de vida intelectual ó el reino espiritual; es á saber, un orden de criaturas dotadas de entendimiento y voluntad, dispuestas para tributar á Dios aquel homenaje de reconocimiento y dependencia que quiso su divina majestad que le ofreciese en el cielo y en la tierra. Fuera del hombre que goza vida racional

¹ In I p., q. 1., a. 1.

² T., disp. iv, q. 1, p. 2.

y tiene su alma dotada de espiritualidad é inmortalidad, era decente que existieran espíritus puros, poseídos de naturaleza toda inmaterial, subsistentes por sí mismos y enteramente espirituales. Porque á la manera que el universo mundo está enriquecido de substancias corpóreas sin rastro de vida, que son como la escoria de las criaturas; era bien que campeasen y fuesen ornamento y lustre de la creación substancias purísimas ajenas de materia y de facultad material. Tales son los ángeles. Cuanto al grado intelectual que ocupan, son de más fina condición que las almas humanas, como lo declara el común sentir de los teólogos. Si el alma humana excede á las naturalezas del reino sensitivo con tantas ventajas cuantas lleva éste al mundo intelectual elemental, y aun se eleva y sube sobre entrambos con crecidísimos excesos de hermosura y perfección, de arte, que más excelencias encierra un alma sola que todo el resto del mundo corpóreo; ¿cuánta no será la grandeza y perfección de los espíritus angélicos cuando se adelantan y subliman tanto sobre la excelencia de las almas, que, ocupando ellas el infimo grado en las substancias capaces de razón, ellos están en el sumo y eminente, tal que no puede nuestro entendimiento hacer adecuado concepto? En el orden de espirituales poseen ciertamente el mismo predicamento que las almas; pero como haya en cada orden lugar á mayor y más alta perfección, debemos decir que en linaje de espiritualidad están embellecidos con más adelantados dones los ángeles que los hombres, que por esta razón componen un reino de por sí, el reino de los espíritus, con su índole propia, oficio propio, virtudes y poderes propios y dignos de toda consideración.

La existencia de los ángeles no puede sólidamente evidenciarse por el sólo discurso natural; debe sacarse de la

autoridad de las santas Escrituras; Concilios, santos Padres, y tenerse como emanada de la antigua revelación. Todas las razones que han propuesto los filósofos para convencer la existencia de los espíritus puros, sólo engendran algún crédito, no persuasión demostrativa; ningún argumento hay que no tenga su réplica, ningún hecho que no pueda explicarse, ó por la acción de Dios, ó por almas humanas separadas, ó por ilusión y engaño; la luz de la revelación es la única fuente de donde se derivan los rayos de las noticias que de los ángeles tenemos: y porque la revelación hecha á los primeros hombres del mundo, por vicio de la condición humana en muchas familias se partió en mil pedazos, se corrompió y degeneró, y así degenerada se propagó por todo el ámbito de la tierra; no hay duda sino que en las tinieblas del gentilismo deben hallarse muchas vislumbres del reino espiritual.

Sabida cosa es que el monoteísmo ó culto del verdadero Dios fué la primera forma de religión que usaron los más antiguos pueblos de la tierra; cuanto más nos emboscamos en la noche de la antigüedad, con más vivos destellos resplandece el culto del único soberano Dios. Fué por grados, poco á poco, pervirtiéndose de tal manera después del diluvio, que en el intervalo de los mil años siguientes, de que Moisés no hace la más leve mención, nació, cundió y dominó por el mundo la adoración de las deidades paganas. Si algún orden es dado señalar al progreso del politeísmo, el primer paso idolátrico debió de ser el endiosamiento de los ángeles. No consta con argumentos irrefragables; pero bien podemos asentar por muy probable verdad, que por este despeñado vinieron á caer los hombres en el abismo de la idolatría.

¹ P. ARRIBA: *De Angelis*, disp. 1, sect. 1.

² DAUSOU: *Étúd. hist.*, t. vi, l.^o leçon.—DARRAS: *Hist. de l'Église*, iv époque.